

La OTAN en tiempos de mudanzas

JOSEP BAQUÉS

La eficacia de algunas de las organizaciones internacionales más importantes del mundo –desde las Naciones Unidas hasta la Unión Europea– ha sido cuestionada, sobre todo, en lo que se refiere a su empeño para contribuir a la paz mundial. Más allá de las buenas intenciones, se piden resultados, pero, en ese aspecto, el balance es muy discutible. Es algo que vienen apuntando los principales referentes de la teoría institucionalista,¹ y que no parece que pueda mejorar a corto plazo. En cambio, la OTAN mantiene un halo de prestigio, vinculado a los buenos resultados que siempre ha trasladado en la ejecución de su principal función: disuadir a terceros Estados de agredir a sus miembros.

Ese prestigio está larvado en lo acontecido en la Guerra Fría. La OTAN nació en 1949, con un objetivo específico: disuadir a la URSS. Lo hizo como vínculo transatlántico, de modo que además certificó una alianza permanente entre los EEUU (y Canadá) y los Estados de Europa occidental. Alianza permanente inédita hasta ese momento (la Segunda Guerra Mundial respondió a una situación de coyuntura). La OTAN también tenía otras funciones, como el control del rearme de la RFA, que en buena medida estaba auspiciado para generar una primera línea de contención contra una hipotética ofensiva soviética en Europa central. De modo que, en líneas generales, la OTAN responde bien a la lógica inherente a las alianzas defensivas² establecidas para equilibrar a potencias o coaliciones que amenazan la paz internacional.

En realidad, eso a duras penas puede esconder el hecho de que, a lo largo de la Guerra Fría, hubo algunos roces importantes entre Estados

¹ Robert Keohane, *International Institutions and State Power*, Routledge, New York, 2020 [1989], p. 107.

² Stephen Walt, *The Origins of Alliances*, Cornell University Press, Ithaca/Londres, 1987, p. 1-5.

miembros de la organización: la crisis de Suez de 1956; la salida de Francia de la Estructura Militar integrada de la OTAN, en 1966; la guerra greco-turca de 1974 o la crisis de los euromisiles, a principios de los años ochenta. Esos son los más relevantes. Señal inequívoca de que no es tarea fácil alinear a un número creciente de Estados, cada cuál con sus preferencias, con sus sensibilidades y con sus tradiciones a cuestas. A pesar de lo cual, el liderazgo ejercido por los EEUU se dejó notar, de modo que el balance a lo largo de esa etapa de nuestra historia sigue siendo positivo. Máxime atendiendo al resultado final: la caída del muro de Berlín en 1989 y la implosión de la URSS, en 1991. En buena medida, el prestigio actual de la OTAN está en función de dicho balance.

El gran dilema de la OTAN se planteó, precisamente, como consecuencia de la desaparición de su razón de ser. En condiciones normales, aplicando las reglas

El gran dilema de la OTAN se planteó, precisamente, como consecuencia de la desaparición de su razón de ser: la URSS

de la lógica, la OTAN podría haber desaparecido en los años noventa del siglo XX. Paradójicamente, de haber sido así, hubiera sido una víctima de su propio éxito. Pero no fue así. La OTAN aguantó. Las razones de ello pueden rastrearse, asimismo, a partir de las tesis de Walt: una eficaz burocracia interna; un alineamiento ideológico de los Estados

miembros; un liderazgo potente y persistente, por parte de Washington, así como la posibilidad de identificar sucesivos retos a los que hacer frente, no necesariamente en este orden,³ contribuyeron a ello.

De hecho, la OTAN fue la palanca principal en la expansión de las instituciones occidentales hacia Europa central y oriental. Más allá de la propia OTAN. Las sinergias con la ampliación de la UE, sin ser completamente simétricas, son significativas. Los Estados que algún día fueron miembros del Pacto de Varsovia han ido integrándose en el Tratado Atlántico, en diversas oleadas, que culminaron con la incorporación de los tres Estados bálticos. Todo un hito porque, a fuer de ser ex miembros del Pacto de Varsovia, eran ex Repúblicas Socialistas Soviéticas. La apuesta de la Cumbre de Bucarest de 2008, para incorporar en un futuro a Georgia y Ucrania, así como la reciente petición de ingreso de dos Estados con tradición de neutralidad como Suecia y Finlandia (aunque miembros de la UE desde 1997) constituyen los últimos hitos en una historia de éxito.

³ Stephen Walt, «Why Alliances Endure or Collapse?», *Survival: Global Politics and Strategy*, 39 (1), pp. 156-179, 1997.

La OTAN en la post Guerra Fría y hasta la actualidad

En el contexto de mutaciones en el orden mundial acontecido tras el final de la Guerra Fría, la OTAN ha podido adaptarse para sobrevivir y para seguir jugando un rol de importancia. Pero ello ha conllevado un esfuerzo de la organización, incluso desde el punto de vista doctrinal. Porque las adaptaciones conllevan sus propias servidumbres.

Los sucesivos Nuevos Conceptos Estratégicos (NCE, en adelante) de la OTAN han sido una buena muestra de ese esfuerzo, pero también de esas servidumbres. Lejos de generar nuevas tendencias, ni tampoco grandes apuestas visionarias sobre los retos del futuro, esos NCE han sido, en todo caso, adaptaciones a realidades preexistentes, años después de certificar esa existencia. Algo así como actas notariales de la conflictividad internacional. Por otro lado, esos NCE no necesariamente se han volcado hacia la disuasión contra otros Estados. Más bien, han contemplado una ampliación del elenco de actores o de la tipología de situaciones de crisis a las que había que dar respuesta.

Pensemos en el NCE de 1999, que recoge como epicentro del mismo las actividades de gestión de crisis; o pensemos en el NCE de 2010, que adopta como nueva piedra filosofal la llamada “guerra contra el terror”. En el primero de los casos citados, se trataba de constatar que el escenario más problemático sería similar al desarrollado a partir de las guerras de la ex Yugoslavia (partiendo de la de Bosnia en 1992); en el segundo caso, se trataba de asumir los retos planteados a partir de los sucesos del 11-S de 2001. En esos momentos, la OTAN distaba de entender que alguna potencia alternativa pudiera ser considerada como “enemiga” de la Alianza, o de cualquiera de sus miembros. Dejó de atisbarse en el horizonte una amenaza real generada por cualquier potencia alternativa.

Algo comenzó a cambiar con la crispación generada en Rusia tras la Cumbre de Bucarest de 2008. Pero, sobre todo, eso se hizo evidente tras la crisis de Ucrania de 2014, que terminó con la anexión rusa de la península de Crimea y con una situación todavía más ambigua en territorios integrados en las repúblicas ucranianas de Donetsk y Lugansk. Sin embargo, durante algunos años más, la OTAN siguió adoptando un perfil bajo respecto a este conflicto, pese a mantener la apuesta por incorporar a Ucrania en el futuro, que fue ratificada en la Cumbre de Bruselas de junio de 2021.

Como es bien sabido, la respuesta rusa a la previsible adhesión de Ucrania a la organización, unida a la constante presión del gobierno de Kiev sobre los territorios prorrusos del este de Ucrania, han sido factores determinantes de la decisión de Putin de invadir ese estado. El miedo a la expansión de la OTAN, combinado con el hecho de que dicha expansión todavía no se había consumado, han propiciado lo contrario de lo que la OTAN mejor sabía hacer: evitar guerras entre Estados a través de su capacidad de disuasión. Dicho de otra manera, lo más probable es que si Ucrania hubiera sido miembro de la OTAN, la ofensiva rusa no se hubiera producido. Rusia ataca antes del ingreso de Ucrania, para evitarlo, precisamente porque una vez dentro y con el amparo del Tratado de 1949, especialmente en función de su artículo 5, todo sería más complicado para el Kremlin.

Lo que se puede deducir de ello es claro: fuera de la OTAN hace mucho frío, especialmente cuando la ONU demuestra, una vez más, su incapacidad para evitar

Fuera de la OTAN hace mucho frío, especialmente cuando la ONU demuestra, una vez más, su incapacidad para evitar las guerras

las guerras. Pero también mientras la UE sigue anclada en su constante “quiero y no puedo” cada vez que se acerca a la dimensión militar de la seguridad o, directamente, a la defensa europea. La OTAN sigue a flote pese a esas circunstancias... o quizá debido a esas circunstancias. Al fin y al cabo, hoy en día, en Helsinki y en Estocolmo son perfecta-

mente conscientes de dónde radican las capacidades disuasorias remanentes, en un mundo convulso, de futuro impredecible. En efecto, Estados con una acendrada tradición de neutralidad, también están llamando a las puertas de la OTAN. Algo impensable apenas unos lustros atrás.

¿Quo Vadis, OTAN?

Que la OTAN conserva un aura de prestigio, basado en su eficacia, parece evidente. Pero el futuro es incierto. Si en los últimos lustros no se señalaba ningún rival geopolítico claro, en forma de Estado, esta vez el problema parece ser el inverso.

Por una parte, Rusia ha contribuido (inopinadamente) a clarificar el futuro de la Alianza. Y además lo ha hecho en términos similares a los que originaron la OTAN: ejercer la disuasión contra una gran potencia que posee un marcado carácter ofen-



sivo, ubicada en el este de Europa, y que tiene una relación de vecindad con los aliados. De este modo, Europa vuelve a ser el epicentro de la geopolítica mundial. No en vano, la guerra entre Rusia y Ucrania se desarrolla en la frontera de varios Estados miembros. El temor a la repetición de escenarios similares en otros lares, incluso aunque no afecte directamente a la integridad territorial de los socios –pienso en Georgia y en Moldavia– genera una inestabilidad que también influye en esos socios.

Por otra parte, eso sucede cuando los EEUU ya han “girado” hacia Asia-Pacífico. De acuerdo con las previsiones esbozadas por expertos como Mearsheimer hace más de veinte años,⁴ la Casa Blanca ha tomado nota de que no es Rusia, sino China, el Estado que amenaza su posición de liderazgo mundial. El crecimiento económico del gigante asiático ya está siendo acompañado de una potenciación sin precedentes de sus Fuerzas Armadas, de una proyección a escala planetaria a través de la Nueva Ruta de la Seda, en su doble faceta terrestre y marítima (conocida como OBOR) e incluso de una creciente capacidad de actuación en el espacio exterior.

Entre tanto, se ha perdido la oportunidad de socavar la alianza entre Rusia y China. Se trata de dos Estados cuya relación es mucho más compleja de lo que suele afirmarse. Existen importantes disputas territoriales, condensadas en la reivindicación, siempre latente, nunca negada, del Gobierno de Pekín sobre una importante zona de la Siberia rusa. Es algo que se mantiene en la agenda de Pekín desde mediados del siglo XIX, momento en el que se firmaron unos Tratados que China considera nulos, por haberse suscrito en una situación de extrema desigualdad entre ambas partes, cuando el Imperio del Centro era, más bien, un estado fallido.

Un siglo más tarde, que ambos fueran Estados “comunistas”, no impidió que sus tropas llegaran a las manos en 1969. En ese contexto de suspicacias mutuas, una jugada maestra de Kissinger-Nixon acercó a los EEUU y China a principios de los años setenta.⁵ Y lo hizo hasta el extremo de impedir cualquier pacto futuro entre los dos colosos de la hoz y el martillo. Pocas veces se ha comentado la importancia de esta maniobra geopolítica en el desenlace final de la Guerra Fría. Pero fue fundamental, ya que a partir de ese momento la URSS tuvo que responder a la

⁴ John Mearsheimer, *The Tragedy of Great Power Politics*, Norton, Nueva York, pp. 390-396, 2001.

⁵ Enrique Enrui, «Mao Zedong y Deng Xiaoping: medio siglo de diplomacia china», en Xulio Ríos (ed), *Política Exterior de China*, Ediciones Bellaterra, Barcelona, 2005, pp. 19-43.

vez en su frente occidental y en su frente oriental, con el consiguiente descalabro operacional y el no menor desgaste económico, político y diplomático.

En cambio, las políticas seguidas en los últimos lustros por parte de la Casa Blanca han acercado a Rusia y China, dada la presión que uno sentía —y siente— al oeste de los Urales y dada la presión que el otro sentía —y siente— en los mares de China. La superior visión geopolítica de los viejos “rockeros” (como Kissinger, pero no solo de Kissinger) podría contribuir a mejorar la situación occidental en el mundo. Para eso, también será necesaria una OTAN más realista (y menos idealista). La paradoja es que el idealismo ha traído más guerras que el realismo, porque tiende a olvidar la necesidad de acompasar las mejores intenciones con la necesaria capacidad de disuasión.

Dicho lo cual, en la OTAN se entrelazan los intereses de los EEUU y los de los otros Estados miembros. Es decir, el interés nacional sigue siendo una variable fundamental a considerar, sin perjuicio de que esos Estados estén integrados en la misma organización. De modo que es necesario llegar a acuerdos, máxime si se pretende que los cambios planteados no sean papel mojado. O si se pretende ir más allá de las *Coalitions of the Willing*, tan usuales entre los años noventa del siglo XX y los primeros del siglo XXI, además de nunca completamente extirpadas del imaginario de la OTAN.⁶ Eso obliga a los Estados miembros a posicionarse en relación con esas dos grandes potencias.

Ni que decir tiene que este replanteamiento de la situación puede generar incomodidades entre los aliados. Las objeciones planteadas por Turquía al ingreso de Finlandia y Suecia son una muestra de ello. Pero están lejos de ser las únicas que suelen salir a la luz, o que pueden llegar a hacerlo, en función de las circunstancias. Por ello, conviene analizar los nuevos retos con cierto detalle.

- El caso de Rusia

Antes de la guerra de Ucrania, Rusia había logrado tender una red de complicidades entre algunos miembros de la OTAN, especialmente gracias a sus exporta-

⁶ Andrew Cooper, «Stretching the Model of ‘Coalitions of the Willing’», en A. F. Cooper, B. Hocking, W. Maley, (eds) *Global Governance and Diplomacy. Studies in Diplomacy and International Relations*, Palgrave Macmillan, Londres, pp. 257-270. Estas alianzas *ad hoc* fueron avaladas por la Cumbre de Praga de 2002, a instancias de los Estados Unidos, pero también son un síntoma de falta de unidad en la organización.

ciones de hidrocarburos. El caso del *Nord-Stream 2*, y de los vínculos establecidos al respecto con Alemania, es el más emblemático. La guerra de Ucrania ha hecho que saltaran por los aires esos puentes. Por lo menos de momento, pero sin avizorar una solución. Que se busquen fuentes alternativas de provisión de petróleo y de gas ni es fácil, ni es barato, ni tiene que ser definitivo. De modo que, si por un lado genera una suerte de “solidaridad negativa” entre los aliados –teniendo a Rusia como federador externo–, por otro lado, deja claro que Estados como Hungría no están dispuestos a aceptar soluciones que desde Budapest se consideran precipitadas y contraproducentes.

Hay, de hecho, otros Estados miembros que también son escépticos (incluso Alemania), pero el caso de Hungría mezcla, en dosis desconocidas, una lógica preocupación por la provisión de hidrocarburos a un precio razonable y una poco

Antes de la guerra de Ucrania, Rusia había tendido una red de complicidades entre miembros de la OTAN gracias a sus exportaciones de hidrocarburos

disimulada simpatía hacia Rusia o, cuanto menos, hacia la Rusia de Putin. La reciente victoria electoral de Orban, en plena crisis de Ucrania, no permite otras lecturas. En cambio, en el otro lado del escenario, hay Estados miembros de la OTAN que estaban preocupados, sobre todo, por el rol de creciente asertividad de Rusia. Estados que, tras los acuerdos por el *Nord-Stream 2*, lo están más todavía (además de recelar de Alemania); y que,

tras la invasión de Ucrania, han visto ratificadas sus peores pesadillas. Polonia y los tres Estados bálticos son la avanzadilla de esa sensibilidad que mantiene a los EEUU atados a Europa, al margen de cualquier otra circunstancia que se pueda dar en cualquier otro lugar del mundo y al margen de las listas de prioridades de los EEUU.

Otras cuestiones, no tan notorias, pero ciertamente incisivas, tienen que ver con la postura francesa, más pro griega que pro turca, de modo que choca con los intereses del Gobierno de Estambul en diversos escenarios en disputa (pienso en los yacimientos submarinos de gas ubicados en el mediterráneo oriental). Aunque lo interesante del caso es que todos esos Estados no se hallan entre los más críticos con Rusia, dentro de la OTAN. Francia, por motivos históricos; Grecia, por sus vínculos civilizacionales (ambos ortodoxos); y Turquía, por cuestiones de oportunidad geopolítica (demasiados intereses cruzados en el Mar Negro, en Siria, en el Cáucaso o en Libia, como para romper la baraja). En todo caso, como puede

observarse, hay mucho trabajo que hacer dentro de la organización, porque las costuras de la misma puede que no sean tan sólidas, mientras que algunos de los principales expertos rusos hace tiempo que hablan –antes de la invasión de Ucrania– de una nueva Guerra Fría... que podría conducir a algo peor.⁷

- El caso de China

En principio, China queda fuera del “área” de la OTAN. Un concepto geográfico que está todavía presente, pero que a veces es discutido, y que siempre muestra su resiliencia. Quizá por ello, los EEUU tratan de generar alianzas *ad hoc*, en la región de Asia-Pacífico. Es el caso del AUKUS. Algún miembro destacado de la OTAN forma parte del acuerdo –el Reino Unido– como también lo hacen aliados occidentales que no son miembros de la OTAN, precisamente por estar alejados del “área” OTAN (Australia). Además, desde Washington se intentan fomentar las complicidades en diversos Estados no occidentales de la región (sobre todo, Japón). Entonces, dada la envidia del empeño, lo previsible es que los EEUU traten de arrastrar hacia su propia lógica geopolítica, *qua* Estado que se juega el liderazgo mundial, a otros socios de la OTAN.

Ahora bien, es bastante más complicado hacer lo propio con dicha organización, como tal. Y no solo porque eso implicaría extender la noción de “área” hasta un extremo tal que quizá sería más operativo eliminarla, sino también porque China ya ha penetrado económicamente en muchos países de la OTAN. Italia, por ejemplo, está formalmente integrada en la Ruta de la Seda. Grecia lo está *de facto*. E incluso en España sabemos que muchos de nuestros principales puertos están gestionados por empresas radicadas en China. La Ruta terrestre de la Seda tiene terminales en Stuttgart, Hamburgo, Florencia o Lyon, además de Madrid.

De modo que, en un contexto de creciente disrupción de las cadenas de suministro a escala planetaria, en parte propiciada por las sanciones contra Rusia –aunque esa tendencia ya se había iniciado en algunas fases de la pandemia–, en la mayor parte de las capitales europeas no existe especial interés en tensionar las relaciones con Pekín. Esa circunstancia, unida a la falta de interés por la competición estratégica entre los EEUU y China, lastra las posibilidades de una política más

⁷ Sergei Karaganov, «On a Third Cold War», *Russia in Global Affairs*, 19 (3), pp. 102-115, 2021.

contundente en sede OTAN para enfrentar a China. Aunque todavía quepa alguna declaración formal que advierta de las consecuencias de la expansión –a todos los niveles– de dicha dictadura.

No en vano, el relato de los EEUU, muy explícito desde que Biden asumió el poder, es cada vez más el relato de la OTAN, en términos de que se trata de la organización de los Estados libres (o del mundo libre) enfrentados a las principales autocracias del resto del mundo. Un argumento de corte eminentemente kantiano, en el fondo y en la forma: embrión de un *foedus* que, a su vez, pueda convertirse en el primer eslabón de un auténtico gobierno mundial, construido de abajo hacia arriba gradualmente.⁸ Pero a este, China opone su propio modelo de institucionalización, sobre todo a partir de la Organización para la Cooperación de Shanghái.⁹

Las exigencias del futuro

La disuasión no es gratuita. No lo es económicamente, como tampoco lo es doctrinalmente. La OTAN está regresando a sus orígenes. La gestión de crisis y la

La OTAN está regresando a sus orígenes. Las grandes potencias recuperan su brío. La competición estratégica entre grandes potencias ha regresado

lucha contra el terrorismo se han quedado pequeñas, hasta difuminarse. Las grandes potencias están recuperando su brío. La competición estratégica entre grandes potencias ha regresado. Con todo, la situación no es la misma que en 1945 (o, si se prefiere, que en 1947). Ni siquiera es la misma que en los años setenta del siglo XX. Es probable que volvamos a hablar de bloques. Sobre todo, si la relación entre China y Rusia se consolida. Pero

la frontera entre esos nuevos bloques se ha movido hacia el este. Eso es, aparentemente, una buena noticia. Pero también puede ser una fuente adicional de tensiones.

A su vez, la cada vez mayor conexión entre Moscú y Pekín es problemática. Enfrentar a ambos rivales geopolíticos al mismo tiempo sería muy complicado. Demasiado. Además, dejaría nuevos frentes abiertos, en un momento en el que

⁸ Immanuel Kant, *La Paz Perpetua*, Alianza Editorial, Madrid, 2016 [1795].

⁹ Wen-Chih Chao, «The Political Economy of China's Rising Role in the Shanghai Cooperation Organization (SCO): Leading with Balance», *The Chinese Economy*, septiembre, 3, 2021.

China se mueve al alza en todos los aspectos. El hecho de que los Estados musulmanes tiendan a alinearse con Rusia y China es una sorpresa relativa. Pero no debería pasar inadvertida. Marruecos y Argelia se abstuvieron juntos (en pureza, Marruecos optó por la fórmula de no ir a votar) en la Asamblea General de las Naciones Unidas, negándose de ese modo a condenar la invasión de Ucrania; Arabia está cada vez más lejos de Washington y más cerca de China; de Irán no es necesario hablar; Pakistán está con Pekín, desde hace años; Kazajistán sigue siendo fiel a Rusia; cada vez son más los Estados africanos que se acercan a Pekín o a Moscú, o a ambas capitales (el reciente caso de Mali, con la virtual sustitución de Francia por el grupo Wagner es solamente la punta del iceberg). Y así, sucesivamente...

Lo adecuado sería discriminar entre todos esos actores, restablecer o reforzar alianzas con tendencia a la caducidad y tratar de aprovechar las grietas de las alianzas ajenas. Es decir, la Alianza debería disponer de una Estrategia (las mayúsculas son intencionadas) antes de pensar en qué hay que hacer para dotarla de contenido, y de sentido. Puede parecer una perogrullada pero, desgraciadamente, no es así.

Todo ello implica que vienen tiempos difíciles, para la OTAN, como para todo el mundo occidental. La gestión de esos tiempos requerirá de mucha y muy alta diplomacia. No entraré en lo que eso supone, pero adelanto que es algo más que el trabajo de los diplomáticos. En todo caso, también será necesaria una capacidad de disuasión que ya parecía olvidada. A todos los niveles. Desde el nuclear hasta la capacidad para actuar en zona gris, pasando por los estadios intermedios a que haya lugar. La mentalidad adecuada será proactiva. Pero, además, debe ser geopolítica y geoestratégica. Cualquier paso en falso, por defecto o por exceso, podrá traer funestas consecuencias.

La potenciación de las fuerzas armadas de los Estados miembros deberá comenzar integrando mejores herramientas analíticas y deberá continuar haciendo lo propio con sistemas de armas adaptados a la nueva realidad. Instrumentos como el *Net Assessment* son convenientes para no caer en lógicas puramente reactivas, muchas veces planteadas a destiempo; las operaciones multidominio ya son insoslayables, pero muchos de los Estados miembros están lejos de poder responder a ese reto;¹⁰

¹⁰ John Tammen, «NATO's Warfighting Capstone Concept: anticipating the changing character of war», *NATO Review*, julio, 21, 2021.

la siempre antipática doctrina nuclear deberá ser revisada, para adaptarla a los nuevos tiempos en las que viejas potencias nucleares amenazan con un uso limitado de esta fuerza, lejos de la Destrucción Mutua Asegurada (MAD); la capacidad para operar con sistemas armados no tripulados exige ser reforzada; los fuegos de precisión convencionales, de largo alcance, también.

Epílogo: el caso de España en la OTAN y de la OTAN en España

La OTAN se fija en su frente oriental y, según cómo evolucionen las cosas y del interés de los EEUU, tendrá la tentación de fijar su mirada, asimismo, en el frente

Vienen tiempos difíciles, para la OTAN, como para todo el mundo occidental. La gestión de esos tiempos requerirá de mucha y muy alta diplomacia

asiático. Sin embargo, la preocupación fundamental de España está en el frente sur o, si se prefiere, suroeste, de la Alianza. La carrera de armamentos del Magreb no ha pasado desapercibida. Los progresos diplomáticos de Marruecos en relación con el Sáhara, tampoco lo han hecho, con el beneplácito de los EEUU y de Francia y, con más matices, de la propia Alemania, a pesar de su magnífica relación con el Gobierno de Argel. Ceuta y Melilla están, literalmente, en medio de esas disputas de orden geopolítico, a modo de espectadores... de no ser por el mantenimiento de la reivindicación marroquí.

Mientras eso acontece, Argelia y Marruecos están cada vez más cerca de China y de Rusia. La votación del 2 de marzo en la Asamblea General de las Naciones Unidas es solo un botón de muestra de una tendencia que se plantea, al menos inicialmente, a causa de las inversiones económicas chinas y rusas en ambos Estados. La penetración sino rusa en África va mucho más lejos, desde Angola y Etiopía hasta Guinea y Mali, por no citar el vínculo especial que Sudáfrica mantiene con China y con Rusia a través del colectivo BRICS. En pocos lustros podrían controlar el mercado africano, de norte a sur y de este a oeste. Y podrían hacerlo *de consuno*.

En ese sentido, no parece de recibo que se venga prestando tan poca atención al frente sur del "área" de la OTAN. La explicación, hasta la fecha, podría venir dada por la demanda de atención en otros escenarios. Pero lo que se colige de este artículo es que ese es el error: existe un solo escenario. Quizá sea otra de las con-

secuencias de la globalización. O quizá se hubiera dado esta circunstancia de todos modos, debido a los actores involucrados. Sea como fuere, podemos hablar de diversos teatros (claro que sí), pero metidos un solo tablero mundial. De modo que la OTAN se verá obligada a estar más pendiente de lo que acontece al otro lado del *Mare Nostrum*. España tiene una oportunidad de oro para contribuir a que así sea.

Josep Baqués Quesada es profesor de Ciencia Política de la Universidad de Barcelona y miembro de la junta directiva del Grupo de Estudios de Seguridad Internacional

